

LA RESILIENCIA



El que no llora, no sana.





Sandra Milena Amaya

Hay días en que el sol se pone en las mañanas, días en que todo parece ir mal cuando en realidad está yendo peor, días en los que poco importa el lado de la cama por el cual uno se levante, porque a veces, antes de poner un pie en tierra, se está condenado a la mala suerte. O a la buena, nunca se sabe. Hay días. Y hay vidas. Y es que hay veces que terminamos siendo el saco de arena donde todo y todos se recuestan, pero no podemos tirar la toalla porque no tenemos una opción distinta que pararnos a recogerla nuevamente.

Sandra Milena Amaya no ha tenido una vida fácil y sin embargo no se queja. De tropezón en tropezón ha entendido que el problema de arrancar de cero es que nunca es cero, sino que por el contrario todo se acumula, todo se amontona, todo se atesora. Lo malo, lo no tan malo y por supuesto, lo bueno.

Nació en Bogotá en un hogar humilde en el que a duras penas sus papás, Blanca y Melquisedec, lograban sobreguar con la pobreza. Al año de nacida, sus papás decidieron mandarla a vivir con sus abuelos a Arbeláez, un pueblo cercano a Bogotá. Eso se tradujo en una infancia tranquila, en medio de los sonidos del campo, viendo crecer lo que se comía. A los 14 años, la suerte le

cambió. Un tío suyo murió y su mamá, que ya tenía otros tres hijos, decidió que todos se vinieran a vivir a Bogotá, incluidos los abuelos que apenas resistieron en esta ciudad unas pocas semanas. Sandra empezó a sentir el dolor del desarraigo, porque por un lado se sentía feliz de estar de nuevo con su madre y sus hermanos, pero por el otro, le hacían mucha falta sus abuelos, lo que se tradujo en una rebeldía indomable, malas notas y peleas.

A los 17 años se fue de la casa porque no la dejaron ir a una fiesta y terminó viviendo en la casa de una amiga donde la acogieron. Allí conoció al papá de sus hijas.

Al poco tiempo quedó embarazada, viviendo en casa de la suegra. Primero nació Tania y posteriormente nació Ana María, pero por esas cosas del destino, su esposo la abandonó y ella terminó, una vez más en la casa de su mamá. Luego de tres años, conoció a otra persona y nació Danna. Sin embargo, al final terminó ella con la responsabilidad de sacar adelante a tres niñas pequeñas.

Trabajó un tiempo largo en oficios varios hasta que terminó contratada por Sodexo, que la ubicó en **Méderi**. De eso han pasado ya un poco más de diez años. Al principio le tocaba lavar las marmas, que son esas ollas gigantes donde se cocina la comida de los pacientes, recoger basura de los pisos, hacer aseo y en general, lo

que saliera para hacer. Luego pasó a ser auxiliar de dietas en los pisos.

Hasta que a Sandra le llegó el día. De pasillo en pasillo, se enteró que en **Méderi** se había montado un programa para que sus trabajadores y colaboradores terminaran el bachillerato. Ella, que a duras penas había terminado séptimo, vio la oportunidad y se inscribió. Fueron dos años de esfuerzo y sacrificio, de estudiar en las paradas de los buses o en las madrugadas, de no descuidar a sus hijas ni a su trabajo, hasta que finalmente lo logró. En el 2011 se graduó como bachiller y sintió alcanzar el paraíso.

Sin embargo, desde los balcones del cielo se alcanza a ver también el purgatorio. Un día cualquiera, parada en cualquier esquina, de esas aburridas, donde no pasa nada, pasó todo. Un borracho, conduciendo una volqueta, la atropelló. El resultado, un trauma craneoencefálico, once días en coma, su oreja parcialmente destruida, parálisis en su ojo izquierdo, pérdida del equilibrio, dolores en el cuerpo, depresión y miedos.

Lo que no contaba el destino era con la fuerza indescriptible de esta mujer, curtida por la vida, resiliente y poderosa, que decidió seguir dando la batalla, tal como lo ha hecho desde el momento mismo en que nació. Han

pasado cuatro años y sigue en pie. Todos los días madruga y toma el camino del hospital para ayudar en lo que pueda: tapar postres, pasar servilletas, ensamblar cubiertos, limpiar áreas no críticas, lo que sea, porque su corazón de oro le impide bajar los brazos. Por eso, ahí sigue, feliz en medio de todo, poniéndole buena cara a los problemas. Sus hijas, sus nietos, **Méderi**, ser bachiller, han sido un bálsamo, porque sabe bien que en la vida no hay certezas sino que se nutre de las incertidumbres que sembramos cada día.

